

Emilia Villegas González

Virginia Pérez-Ratton *in memoriam*:

MIRADA personal, VISIÓN compartida, VISIBILIDAD glocal

Artista, Universidad Nacional, Costa Rica

emiliavg@gmail.com

Mucho antes de ser designada como primera directora del Museo de Arte y Diseño Contemporáneo (MADC) de Costa Rica en 1994, Virginia Pérez-Ratton, reunía con alguna regularidad a artistas que había conocido en sus viajes, como Remy Buchialli o Kurt Maier con artistas locales y organizaba talleres –a principios de los noventa– en su estudio “Tebaida”, con el propósito de amplificar los horizontes y generar aprendizajes compartidos. De la misma forma y por su propia iniciativa, llegó a traer una exposición del artista colombiano Luis Caballero cuando este aún vivía y que disfrutamos en la antigua galería Enrique Echandi.

Ese es el antecedente más antiguo que registro de su vocación para activar espacios y gestionar sinergias, movida básicamente por su enorme vitalidad intelectual, que la sacaba continuamente de su “zona de seguridad”, primero como artista en constante reflexión y aprendizaje, luego, como directora del MADC y posteriormente de la Fundación TEOR/Ética.

Ella misma declaró en una entrevista que se le hiciera con motivo de su designación como ganadora del Premio Nacional de Cultura 2009,¹ que el año 1994 marcó una inflexión en su vida y su carrera. Acababa de ganar el I Premio de la Bienal de Escultura. Le iba bien como artista. Estaba haciendo lo suyo. Pero el entonces Ministro de Cultura, el Dr. Arnoldo Mora, le propone ser la primera directora del Museo de Arte y Diseño Contemporáneo. El imperativo ético

¹ Ver la entrevista en RedCultura: <<http://www.youtube.com/watch?v=jS41hcffsAY>> (13 de octubre 2010).

demandaba elegir entre su carrera como artista y su papel como directora de una institución que gestionaría el impulso del arte contemporáneo en Costa Rica. No podría ser juez y parte.

Sabiendo que era su oportunidad de hacer la diferencia en un ámbito del que siempre se había quejado, se decantó por el reto ministerial, que consistía precisamente en convertir un escueto Decreto Ejecutivo en una institución viva, con su propia ley de fundación y una densidad programática en sus objetivos y políticas.

Apelando a su formidable convicción, compromiso y poder de convocatoria, lo primero que hizo con tanta humildad como astucia, fue buscar ayuda experta, y así, hizo equipo de lujo con el artista y curador Rolando Castellón y el diseñador Luis Fernando Quirós, quienes se convertirían respectivamente en Curador Jefe y Curador de Diseño y Jefe de Documentación. A este trío fantástico y energético se fueron sumando jóvenes que, tutelados por el maestro Castellón, fueron aprendiendo sobre la marcha las labores de asistencia curatorial, montaje, documentación y custodia. Durante sus cinco años de gestión, el MADC alcanzó una presencia y una proyección que rebasó las fronteras. Fueron años luminosos en los que se generaron debates muy enriquecedores sobre la memoria, lo político, la otredad y las prácticas artísticas contemporáneas, entre otros temas, a partir de exposiciones tan emblemáticas como Ante-América o las “Mesóticas” I, II y III², entre otras.

De modo que, dialógicamente como siempre, Virgina Pérez pasó de construir una mirada personal y crítica de su entorno como artista, a apostar por una visión en la que lo que somos estuviera mejor definido por nosotros mismos y no por la simplificada conveniencia de los discursos oficiales, nacionalistas o económicos de la región.

La suya no era una inquietud exclusiva. La compartía con otros que al mismo tiempo y sintomáticamente, se interrogaban sobre la complejidad no visibilizada de la región centroamericana y sus consecuencias, no únicamente para el desarrollo humano, el progreso económico o la incidencia política frente a las fuerzas en pugna de la dinámica global, sino en

² MESÓTICAS: Proyecto anual del MADC co-curado con Rolando Castellón (Mesótica I: the america non-representativa 1995, Mesótica II: Centroamérica/Re-generación 1996, Instalo-Mesótica: instalaciones 1998).

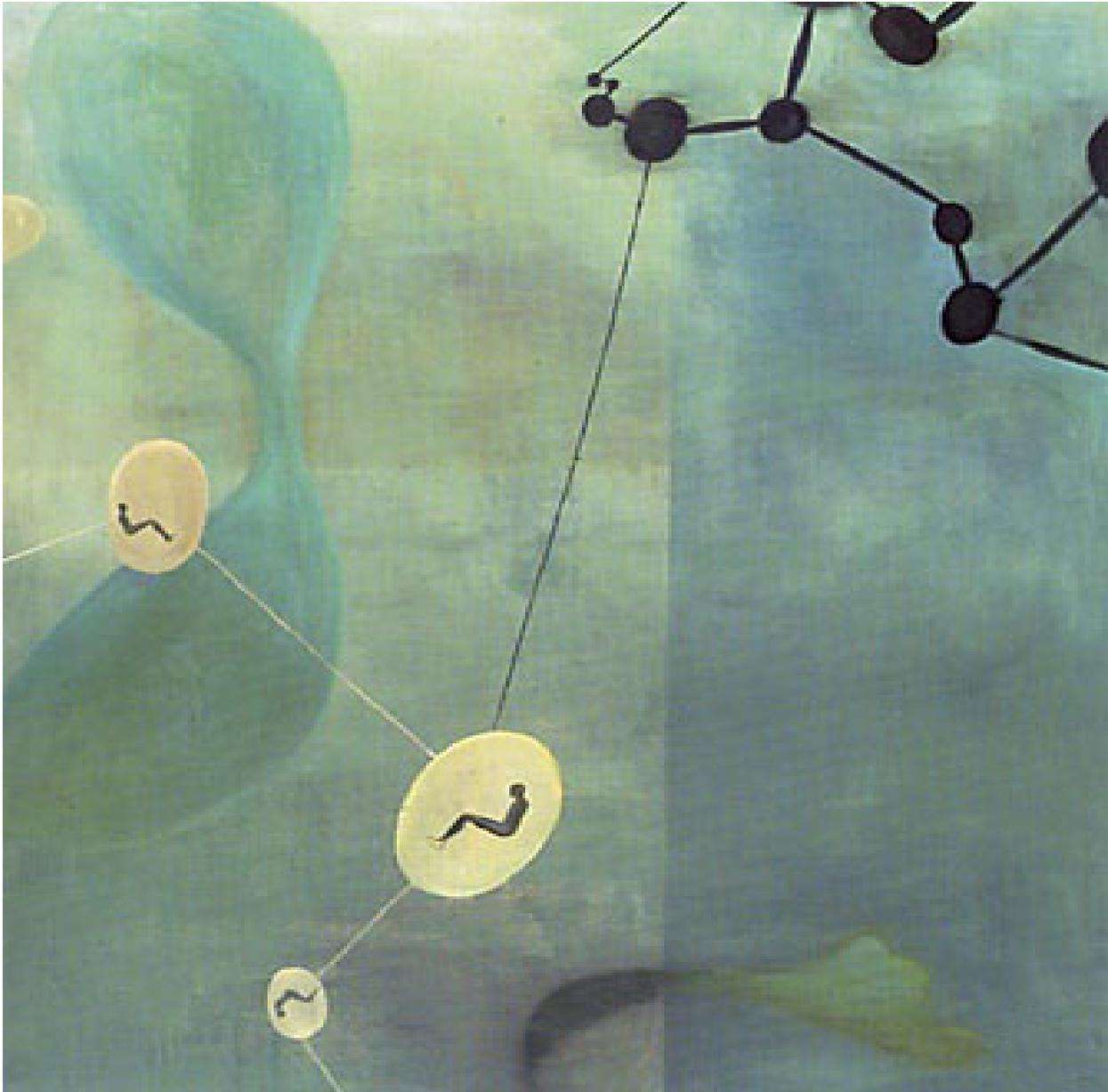
primer lugar, para la posibilidad de redefinir, desde sus propios términos, la percepción de su presente, de lo que ha sido y de lo que puede ser.

De esa forma, se generó un proceso dinámico en red, que para muchos de nosotros en la Costa Rica de mediados de los noventa, parecía un prometedor tratamiento de prueba para combatir nuestra endémica insularidad mental. Virginia Pérez y su equipo ahondaron, investigaron *in situ* el devenir de las prácticas artísticas contemporáneas en Centroamérica, identificaron dentro de la especificidad de los diferentes contextos inquietudes constantes, particularidades, proyectos e interlocutores.

Años más tarde, ya en la fundación TEOR/ÉTICA, y desde otra estrategia de seguimiento, Virginia Pérez, amplifica los alcances del pensar-se “desde lo que somos y desde donde estamos” en un diálogo sin complejos entre los ya para entonces familiares interlocutores regionales, sino entre el pasado y el presente, entre nosotros y el mundo todo. No es coincidente que la muestra con la que se inaugura la fundación TEORÉ/TICA llevara por título un buen ejemplo de la forma en que damos las direcciones físicas en Tiquicia: “400 metros al norte del quiosco del Morazán” (1999) del artista uruguayo Carlos Capelán, entonces residente en el país.

Desde entonces, un constante ejercicio de reflexión sobre cómo nos pensamos y nos vivimos, cuáles son nuestras preguntas y cómo nos interpelan las preguntas de los otros, ha tenido lugar. Los artistas de las generaciones más recientes son menos románticos e ilusos. Están más y mejor informados, son menos individualistas y más colaborativos. Más reflexivos, menos ingenuos respecto al sistema del arte y más conscientes de la complejidad de su tarea.

No me imagino que esto sería así de todos modos sin el concurso invaluable de Virginia Pérez-Ratton y su efecto movilizador. Su legado tiene que ver con entender el arte como una forma legítima de pensamiento, que opera con efectividad allí donde ninguna otra aproximación puede dar cuenta de los significados que tienen los fenómenos para los individuos reales. Su pasión incombustible por ir al encuentro de lo vital que mueve la historia, el pensamiento, las contradicciones, las ambigüedades, lo cotidiano, lo que está en constante desplazamiento, evidente o no ...



Emilia Villegas, Los navegantes, 2000 © Teorética

Virginia concibió su vida como un acto creativo. Nunca dejó de ser artista aun cuando solo regresó a su “Tebaida” unos meses antes de partir definitivamente. El soporte de la obra que le tomó la mitad de la vida fue una territorialidad geográfica y simbólica en cuya fertilidad, carácter y capacidad de proyección creía profundamente.

Ella quería que todos fuéramos tan atrevidos como la consistencia de nuestras convicciones lo hiciera necesario. (Decía que teníamos mucho que aprender de los taxistas). Creía en el riesgo y la necesidad de investigar lo que subyace en las “aguas mansas” de lo aparente y típico, y más aún en “el campo minado de la memoria” personal o colectiva.

Virginia Pérez no se “inventó” una Centroamérica. Luchó por la visibilidad de un escenario cambiante de complejas interrelaciones en el que Costa Rica es apenas una de las variables. Es una tarea que continúa, y que hoy más que nunca requiere de nuevos agentes críticos.